

LA MANO QUE MECE EL TEXTO

Cuando me presento como corrector, siempre espero escuchar de fondo ese amparo de voces que te responden con «Te queremos, Antonio». No es fácil ser corrector. Aún diría más: es difícil ser corrector. Pero no es una misión imposible. De hecho, para otros compañeros del sector editorial —«compañeras» debería decir con propiedad, porque son mayoría: en torno al 75 % (datos actualizados gracias a la «Radiografía de la profesión del corrector», Unión de Correctores, 2017)—, la corrección es una fase en tu vida que debes superar. Superar para llegar a otro lado, a un lado que se sobreentiende que debe de ser un progreso: quizá para transformarse en editor o algo aún mejor, con

mayor éxito, como coordinador editorial, lo que viene a ser el salto a la fama y la entrada en *Forbes*.

El camino del éxito en el sector editorial —algo así como la búsqueda del paso del noroeste en el mundo profesional— es un sueño. Nada reprochable: denota amor a los libros, una temprana fascinación con el olor al papel y a la tinta, al descubrimiento de los distintos tipos de letras y a la clasificación de Thibaudeau, a los tipos de gramaje y formatos terminados en -avo, a distraerse antes de la lectura para comprobar si respetaron las hojas de guarda, de respeto y la de cortesía; o si hay colofón y ver qué artificio se le ocurrió añadir allá al editor; preocuparse por si han añadido o no índices, y de qué tipo, y qué clasificación han usado; qué bibliografía trae y qué orden presenta; evaluar de reojo si han sido o no generosos con los márgenes; mira con temor la organización de las notas porque sabe que le arrastrará a buscar la correlación entre la llamada y su texto; se fijará en si el interlineado es aceptable o han querido ahorrar papel a costa de crear una masa de texto densa como un musgo negro. Y tras todo ese derroche de pasión, tras haber descubierto la mecánica secreta del libro, sus aciertos y errores, incluso antes de ponerlo en marcha, quizá llegue el momento de leerlo.

Hasta aquí, esa conducta temeraria denota una tendencia a convertirse en maquetador, diseñador, quizá tipógrafo o, peor aún, editor. Pero, si al comenzar la lectura, después de ese ritual, encuentra que la frase introductoria es innecesariamente larga (como esta), detecta que el autor juguetea con circunloquios para llegar a una conclusión ya esperada, o incluso con solo leer media página ya está bufando porque hay un gerundio que amenaza su paz interior —y así se lo hará constar a quien tenga al lado con un alarido de escándalo—, esa persona tiene madera de corrector; seguramente, de corrector de estilo.

Porque hay otro tipo de persona que, cuando lee, detecta esa coma que sobra o que falta como un cochino detecta una trufa (como en esta última frase, donde sería necesaria una coma para dejar bien claro que no «falta como un cochino» sino que «... falta, como un cochino...»). Esa persona que es capaz de ver un espacio doble entre palabras (como estos: sí, sí, hay dos espacios entre «como» y «estos») o que ve, no una, sino dos erratas en «desoxiribunucleico» antes de parpadear; no como ahora, que ha vuelto un par de veces la vista sobre la palabra que se parece a «desoxirribonucleico» y ha tenido que pestañear antes de encontrarlas. Esa

persona con esa aparente percepción extrasensorial es un corrector de pruebas que no tardará mucho en descubrir y poner en práctica sus superpoderes.

Pero todas estas pasiones solo conducen a forjar una gran vocación, ni más ni menos. Esta no es la segura trayectoria a la fama —ni parece que fuera a buscarla por el tortuoso camino de la edición— ni la de la bonanza económica, porque puede que la única bonanza que vaya a conocer es la referencia a una serie del oeste que vio en televisión una generación mayor que la suya (o eso simula con coquetería). Vocación; esa es la clave.

Yo me pregunto por qué alguien decide entregarse a la corrección; por qué una persona decide sacar su lado inconformista y marcar errores para que no los sufran sus compañeros de lectura, en vez de aprovechar sus estudios superiores y labrarse un futuro de esos que hacen que la gente se vuelva al verlo por la calle y lo señale a su pareja diciendo: «Mira: esa persona estudió Filología». Si bien nunca habrá un *reality show* sobre nuestro trabajo, ni somos el modelo de futuro próspero, nadie nos podrá negar que el empeño por ser parte del cuerpo de correctores exige una pasión por este trabajo como por ningún otro; ninguna otra profesión promete menos que el mero orgullo de ser el fantasma que no

verá ni recordará nadie por haber suprimido millones de erratas de las que nadie, afortunadamente, habrá llegado a ver. Resumiendo: ninguna otra profesión promete menos (quizá reencarnarse en macrófago de nuestro propio sistema inmune). Para tan poco premio, ¡la satisfacción debe de ser inmensa! Tan grande, que al acercarse a ella se debe de sentir la atracción al abismo.

Por eso, cuando le preguntaban a un editor —a cualquiera de nuestros *emblemáticos* editores—, a una agente literaria de referencia mundial —nuestra Balcells, que en gloria esté—, o hasta a una persona de éxito reconocido, lejísimos del entorno editorial, como Chicho Ibáñez Serrador, por qué fueron correctores, tan solo responden que fue un episodio de juventud, que pasó pronto, como quien habla de quién probó qué droga en aquellos años. Esa rapidez en la respuesta denota la intensidad marcada por una profunda huella, como un amor no superado que aún se busca a escondidas en la red. Sé que fuera de micro, con la esperanza de que no quede grabado, reconocen que, en ocasiones, vuelven a corregir, sintiendo que recorre sus venas la satisfacción de marcar en rojo las erratas.

De eso es de lo que va a tratar este libro, este pequeño ensayo que tan solo pretende aclarar algunos pun-

tos sobre el trabajo de mis sueños. No pretende convertirse en algo a la altura del libro de Anthony Grafton, *La cultura de la corrección de textos en el Renacimiento europeo*, una joya muy al gusto centroeuropeo, pero que orillaba nuestra historia de la corrección; ni va a poder estar a la altura de ese libro que nos promete Nuria Gómez Belart, la suma *pontífiza* de la corrección en español (si es que el corrector me permite usar este término), quien más sabe de este asunto desde todos los puntos de vista, incluida la historia y los espinosos caminos de la normativa; un libro que sé que existe pero aún no tiene nombre y va a ser nuestra referencia.

Tampoco será, como se ha visto ya, un panegírico como el de *El libro del corrector*, que escribieron, en 1949, el tipógrafo Francisco Millá y el corrector Pelegrín Melús —alguien, este último, con un nombre inolvidable, que habría merecido solo por eso ser un personaje de Tintín o el coprotagonista de una novela de Arsenio Lupín—. Nunca pensé que nuestro trabajo fuera un arte ni que se equiparara o superara a las responsabilidades del impresor, como proponían Melús y Millá; entre otras cosas, porque a ninguna de las nueve musas le interesa nuestra tarea: un trabajo más bien hostigado por Cronos y por la madre de las musas, Mnemósine.